

aquí que España llamaba ahora a las puertas de su corazón en la figura de una muchacha española, que como él decía, bailaba el Vito y el Sacarrás con una gracia en que se reflejaban las creencias de un alma buena y virtuosa. Desde el primer momento miré con simpatía a este extranjero unido a mí por un profundo amor a mi Patria y por la profesión sincera de la Religión Católica. En el Monte Calvario le vi acercarse a comulgar fervorosamente, y tuve ocasión de visitar en su compañía algunos de los Santos Lugares. Tal vez por eso se decidía a hacerme ahora esas confidencias. Yo traté de quitar importancia a una impresión nacida de una manera tan repentina e inesperada.»

—Esto no puede ser el amor de tu vida, hoy mismo estas chicas saldrán de Jerusalén, y cuando en los comienzos del nuevo año lleguemos de nuevo a España, todo se habrá convertido en un dulce y vago recuerdo.

«Nos vestimos dialogando sobre todas estas cosas y dejando a Eugenio en la habitación con su sueño, salimos a pasear por los alrededores del hotel. El sol doraba ya todas las colinas cercanas. A sus reflejos, las hondonadas y los senderos parecían vestidos de un gris tila, formados de las brumas del amanecer. Mi acompañante me indicaba, amable, todos los accidentes del terreno, pronunciando nombres familiares a mis oídos desde los días de mi infancia.»

